

Abraham y la “fiesta del sí” (I)



Pilar Avellaneda

En diálogo con la realidad de la vida en su inicio, podemos ver que un niño, desde que nace, recibe y oye palabras, nombres, gestos, noticias... y todo lo registra en su ser más profundo. Posee un dinamismo interior de crecimiento a todos los niveles. Pronto distingue las voces conocidas, reconoce los diversos tonos en su aprendizaje vital, distingue la voz de la madre de la de extraños, y todas las informaciones que recibe le van estructurando en su tejido humano que sigue creciendo.



No importa que no entienda nada, en la incipiente urdimbre de su vida necesita la palabra y los gestos, cada día los percibirá más dirigidos a él mismo, y así la comunicación será un hilo muy importante en su tejido vital. Llegará un momento que el idioma de los padres será su propio lenguaje. Poco a poco irá comprendiendo, y enriqueciendo su comunicación con nuevas palabras, que harán cada vez más humana su vida, porque podrá -a través de ellas- relacionarse mejor con su entorno.

La urdimbre de la Palabra

De igual manera, la vida del creyente necesita la firme urdimbre de la Palabra de Dios, sus tonos y sus gestos expresados en todas sus páginas. Quien lee la Biblia en la humildad de un niño, y acoge sus palabras confiado, entra en un proceso de estructuración de su propia humanidad, hasta llegar a la madurez de un corazón orante.

No importa que no lo entienda todo, poco a poco comprenderá, pero cada página va penetrando

en su interior, y aprende a reconocer la voz de Dios, hasta hacer del lenguaje de Dios su propio idioma, y de los parámetros del Señor sus propios criterios de discernimiento.

Pero, ¿cómo discernir el bien del mal -entre tanta confusión como reina- en nuestro mundo herido y adormecido? Entre tantas voces y reclamos, que no podemos evitar, ¿cómo distinguir la voz de Dios?

La Iglesia, como madre sabia, nos ha dado una palabra en cada Eucaristía, que se convierte en una voz clara e importante en la urdimbre de nuestra vida: Abraham. La historia de este anciano, padre de la fe de pueblos numerosos, es de gran ayuda para nuestro discernir el querer de Dios en los quehaceres diarios.

Me impresiona cómo su vida está jalonada por ocho diálogos con el Señor, recogidos en el libro del Génesis, como ocho perlas valiosas. Merece la pena detenernos y leerlos con sosiego. Orar con ellos mantiene en tensión la urdimbre de nuestra vida y la sana.

Tras los pasos de Abraham

Poco a poco he ido descubriendo que los pasos de Abraham son nuestros pasos.

Desde el primer: “Sal de tu tierra” (Gén 12,1), hasta el último encuentro con Dios en el monte Moría, donde el Señor dice: “Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia,

porque has escuchado mi voz” (Gén 22,18), hay una cadena de “síes” de Abraham que moldean su vida, y aunque van acompañados de luchas y errores propios del ser humano, de todo Dios saca una historia de bendición. Es más, hace de Abraham una bendición. Y es esto lo que quiere hacer Dios con cada uno de nosotros.

El corazón de Dios

Al final de la vida, en el último diálogo conservado -cuando el sacrificio de Isaac-, Abraham tiene ya el corazón de Dios, que tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único. Su diálogo constante con el Señor le condujo a un despojo de los apoyos humanos, y a una entrega total al plan de Dios, abriendo el camino del pueblo hacia la tierra prometida.

Nuestro corazón también necesita ser modelado hasta el final, aunque estemos cargados de años como Abraham, no podemos encadenar nuestros pasos como si todo estuviera hecho, y no quedara ya nada más que hacer. Para ello, la Iglesia nos invita a vivir una auténtica “fiesta del sí”, profundizando en la vida de Abraham, a través de los textos litúrgicos.

La vida del creyente necesita la firme urdimbre de la Palabra de Dios, sus tonos y sus gestos expresados en todas sus páginas

